

Chantal Mouffe, *Agonística. Pensar el mundo políticamente*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2014. Por **Rosa del Mar Moro**

No existe una forma mejor de defender el propio pensamiento que ponerlo en diálogo productivo con las obras académicas y culturales más relevantes del momento. Menos aún, si esto se acompaña del intento de demostrar su utilidad específica frente a temas de actualidad como la globalización (capítulo 2), el futuro de la Unión Europea (capítulo 3), las nuevas expresiones artísticas (capítulo 5) y la irrupción de las protestas populares de la Primavera Árabe, los Indignados o el movimiento Occupy Wall Street entre los años 2011 y 2012 (capítulo final).

Este libro de Chantal Mouffe se propone, así, ser una vigorosa defensa de la continua actualidad de la propuesta agonista desarrollada hace treinta años con Ernesto Laclau. Esta es la razón por la cual la autora dedica parte de la primera mitad del presente libro a repasar el significado de su propuesta, presentada como alternativa teórica a la perspectiva racionalista que impregna el pensamiento político convencional. De acuerdo con el agonismo, no existe un fundamento racional último sobre el que puedan resolverse los desacuerdos políticos. Lo único que hay, en línea con el pensamiento de Wittgenstein, Heidegger, Gadamer o Derrida, es un abismo infinito, un fondo “infundado” e incognoscible de pura negatividad<sup>1</sup> radical incapaz de ofrecerse como



<sup>1</sup> Este término, usado por Mouffe repetidamente, se refiere al segundo momento de la dialéctica hegeliana. No obstante, el hecho de que vaya acompañado del adjetivo ‘radical’ supone que la

punto de referencia común a partir del cual resolver los desacuerdos y orientar la vida política. Ningún acuerdo intersubjetivo o procedimiento razonable podrá tampoco, en este sentido, asegurar la resolución definitiva de ninguna discusión más allá de toda imposición o forma de poder.

La supresión de esta creencia en un fundamento racional que garantice la Verdad de un orden social dado supone aceptar la posibilidad de que existan formas alternativas de organización política igualmente válidas. El hecho de que tienda a pensarse lo contrario y se asuma, por ejemplo, que el neoliberalismo es un sistema natural e inevitable no solo se debe a la capacidad de ese supuesto fundamento de delimitar a priori el ámbito de lo (racionalmente) posible, sino también al influjo de la “metafísica de la presencia” que forma parte del sentido común occidental y reduce la dimensión de lo posible a lo ya presente, sin considerar las posibilidades de lo que todavía no es, pero que podría llegar a ser. Eso explica, por consiguiente, por qué no se acepta fácilmente el carácter histórico y coyuntural de todo orden social ni se admite que su existencia se deba meramente a su imposición política (irracional). La prescripción agonista, por tanto, sería trascender el ámbito de lo visible con el objetivo de imaginar formas de organización social más acordes con nuestros valores políticos de justicia o inclusión.

356

Junio  
2017

Negar la existencia de un fundamento último implica, asimismo, distanciarse de la concepción tradicional de lo político como un espacio de búsqueda de consensos orientados hacia el Bien Común o al acuerdo (razonable) entre las partes. La política es concebida, más bien, como un ámbito de disputas ontológicamente ingobernables que solo se disuelven, temporal y precariamente, con la implantación de un orden social o hegemonía que es capaz sofocar o, en el mejor de los casos, integrar políticamente los conflictos. Persistir en la idea de la política como un espacio de discusión de desencuentros racionales o de comunicación no solo es presentado como un error conceptual, sino también político. Todo orden democrático debería diseñarse de tal forma que fuera capaz de prever el riesgo constante de que los conflictos en una sociedad abierta y compleja deriven en un antagonismo

---

dialéctica tesis-antítesis no se resuelve en un tercer momento de síntesis final. Ni queda, por tanto, subsumida en un momento racional de mayor alcance.

ingobernable. En este sentido, Mouffe propone que las democracias actuales se radicalicen, es decir, que sean capaces de ofrecer opciones políticas alternativas al *statu quo* y que consigan, por consiguiente, tanto canalizar el descontento de los más críticos como despertar el interés de los más escépticos respecto a las posibilidades del sistema democrático.

Este ideal es el marco dentro del cual la autora analiza las posibilidades de que el espacio internacional se convierta en un ámbito agonístico multipolar, en el que las partes en conflicto puedan dejar de ser enemigos para pasar a ser adversarios o contendientes en una disputa en la que todos se reconocen mutuamente en el derecho a defender sus (igualmente infundadas, en términos ontológicos) posiciones políticas (capítulo 2). La manera de alcanzar este objetivo pasa por aceptar que la democracia occidental pueda no ser la única forma legítima de libertad e igualdad política. No es cierto, según esto, que toda nación tenga que incorporar la misma concepción individualista de los Derechos Humanos o vivenciar un proceso de secularización política similar al vivido en Occidente.

Dentro de este pluriverso<sup>2</sup> de regiones, la Unión Europea tendría sentido como un bloque regional que se distinguiría por su solidez política y por su determinación para domesticar democráticamente todo conflicto (capítulo 3).

357

Junio  
2017

Ahora bien, no se ofrece la forma concreta en que podría llevarse a cabo dicho ideal global y regional. Mouffe se limita a mostrar, una vez más, la viabilidad ontológica y conceptual de esta forma de organización social alternativa a la globalización neoliberal (particularmente en el capítulo 4).

La autora también destaca la capacidad del arte de incentivar la imaginación política y presentar nuevas y sorprendentes opciones sociales (en el capítulo 5). La única precaución sería evitar caer en la tentación de creer en la viabilidad (ontológica) de un futuro idílico en la que los conflictos se resuelvan sin la mediación de ninguna hegemonía o la intermediación de instituciones de representación que contengan la radicalización de todo antagonismo. Esta es la ilusión que sostuvo el

---

<sup>2</sup> Este término es utilizado en sustitución a la palabra 'universo', que denota una unidad y homogeneidad de la que la autora quiere huir en su concepción del espacio internacional.

deseo de una mayor democracia directa de las movilizaciones del 15M y Occupy (como se sostiene en el último apartado del libro). Y que también se presentó en la fantasía de que el neoliberalismo podría desaparecer por la simple persistencia de las asambleas en las plazas, sin necesidad de que el descontento se articulara en una fuerza política de confrontación que actuara desde dentro del sistema representativo.

Por otro lado, y a pesar de la crítica de la autora al cariz racionalista y asambleario de estas protestas, es sorprendente la similitud que existe, en último término, entre las consecuencias normativas de su propuesta agonística y la perspectiva racionalista-procedimental que critica. Pues, sea por el resultado ético-racionalista de un acuerdo intersubjetivo o gracias al efecto político de un proceso histórico de sedimentación de prácticas sociales hegemónicas, lo cierto es que ambas corrientes defienden la misma necesidad práctica de establecer un límite normativo mínimo que defina el espacio del conflicto legítimo dentro de una sociedad plural. Y, en este sentido, ninguna democracia, por más radical que sea, podrá contener nunca todo posible desacuerdo.

Es llamativo, asimismo, el hecho de que el antagonismo político sea persistentemente descrito a lo largo de su obra bien en términos ontológicos, como resultado de la propia naturaleza de lo político, o psicoanalíticamente, como una pulsión humana propia del proceso dialógico de formación del propio yo. Nunca, sin embargo, es caracterizado como consecuencia de intereses concretos incompatibles entre sí. Esto conlleva la paradójica consecuencia de despojar el conflicto de su dimensión más propiamente política<sup>3</sup>.

Llama también la atención el papel meramente pasivo y reactivo que Mouffe le otorga a la ciudadanía a lo largo del libro. Solo en el apartado final, añadido de forma *ad hoc* para dar cuenta del surgimiento del 15M y Occupy, considera la autora la posibilidad de que la sociedad civil actúe más allá de la virulencia antagonista o la apatía política y se organice a sí misma para articular alternativas democráticas que puedan entrar en las instituciones de representación.

---

<sup>3</sup> Véase Miguel, L. F. (2014). "Consenso e conflito na teoria democrática: para além do 'agonismo' ". *Lua Nova, São Paulo*, 92: 13-43

El resultado de este análisis, en cualquier caso, es una defensa optimista de las posibilidades de la democracia representativa para atraer a los descontentos y entusiasmar a aquellos que procuran un mundo mejor y más justo.